

Incertidumbres del mundo, certezas de Cristo: Notas sobre fundamentalismo sexual y evangelismo en Ecuador

por **Cristina Vega** | FLACSO Ecuador | cvegas@flacso.edu.ec

La onda fundamentalista

En octubre de 2017 se celebró la primera movilización de la campaña Con Mis Hijos No Te Metas en distintas ciudades ecuatorianas. Como en otros países, la movilización se ancló a la coyuntura legislativa —la discusión del proyecto de Ley Orgánica Integral Para Prevenir y Erradicar la Violencia Contra las Mujeres y la reforma del Código Orgánico de Salud. Como en otras partes, se suscitó pánico ante la supuesta incitación al aborto, la homosexualización de los niños y la confusión de identidades promovidas. Se establecieron coaliciones entre sectores católicos y evangélicos y se apeló a interpretaciones esencialistas sacralizadas sobre la familia, la vida y el binarismo sexo-genérico, mientras que se hablaba el lenguaje de los derechos y se invocaba una constitución progresista que consagra los derechos de la naturaleza. Se llamó a los padres y madres responsables de la nación.

Esta movilización adquirió fuerza en un contexto sociopolítico particular: el tránsito del gobierno de Rafael Correa —quien se pronunció contra la “ideología de género” en 2013— a Lenin Moreno, presidente electo en 2017; la desestabilización de los pactos con la jerarquía católica y la arremetida neoliberal. Acontecimientos puntuales —la reproducción de “El altar blasfemo” de Mujeres Creando en la trasera de la Conferencia Episcopal, denuncias de abuso sexual en escuelas y la sentencia de la Corte Constitucional ratificando la autonomía de los adolescentes en el uso de anticonceptivos— aderezaron las percepciones sobre la degradación moral del país. La negativa

de la Asamblea a despenalizar el aborto en caso de violación, en 2019, mostró la influencia de esta corriente en la política pública.

Al mismo tiempo, un movimiento feminista vigoroso ocupaba las calles contra la violencia, la impunidad, la pobreza y sobrecarga femenina y la criminalización del aborto.

La victoria de Jair Bolsonaro en 2019 fue la culminación de un *sprint* hacia una politización religiosa misógina y racista que acudía a nuevos instrumentos —la “ideología de género”— para revertir las políticas de igualdad. Sus protagonistas contestaban de forma belicosa los reclamos del feminismo y la ausencia del Estado.

Los consensos previos se suspendieron, inaugurándose un tenso periodo de disputas sobre los significados popularizados de la familia, el género, la diversidad sexual, la reproducción y el papel de los padres y el Estado. La academia procuró desentrañar la relación entre el creciente conservadurismo político y la profundización de la desposesión.

Politización reactiva y los “anti-derechos”

El carácter “reactivo” contra los avances del feminismo —inestables pero visibles por protagonismo callejero desde 2015— proporciona una clave interpretativa. Desde la década de 1980, especialmente desde 1990, la cúpula católica buscaba combinar los mandamientos de la democracia y la igualdad con los postulados de la diferencia natural. De ahí el énfasis en la “complementariedad” y la “colaboración”, la “dignidad”, la “cultura de la vida” o la “ley natural”

(Garbagnoli 2016). Mientras el catolicismo perdía predicamento, los evangélicos —auspiciados desde Estados Unidos— avanzaban hacia el sur. La reacción afilaba sus instrumentos.

Desde el primer decenio de 2000, la ofensiva se hizo más directa, más “anti”, habilitando nuevos términos: “ideología”, “colonización” e “imperialismo”, “ecología humana” y conservacionismo, “marxismo cultural”, etc. Se transnacionalizaron las movilizaciones, se tejieron pactos entre católicos y evangélicos y se intervino en organismos internacionales. Mientras tanto, el fantasma del feminismo recorría América Latina y leía la subordinación sexual y de género desde las coordenadas de la crisis socioeconómica. Los gobiernos progresistas habían entrado en una fase de declive los partidos conservadores y el fundamentalismo religioso —especialmente el evangelismo más beligerante, expansionista y opulento (Torres 2019)— despuntaban en la política. La religiosidad reaccionaria se convirtió en un recurso útil.

En los últimos años, ésta ha adquirido nuevos contornos. Uno de los más llamativos y paradójicos, en Ecuador, se refiere al reclamo del feminismo contra el género, ilustrado en la campaña “salvemos las dos vidas” y el “feminismo pro-vida” (Salazar 2019). Aquello que en ocasiones se había desacreditado como “tecnocrática de género” —por su opacidad e hiperespecialización— se convertía en fuerza demoníaca y sospechosa.

El carácter reactivo y “anti-derechos”, aun siendo central, no agota el análisis. Investigaciones situadas sobre las experiencias religiosas y el papel de las identidades y las relaciones sexo-genéricas proporcionan pistas para entender el éxito y arraigo de esta oleada de politización reactiva. Me aproximaré al caso evangélico.

Cosas de Dios, cosas del mundo

En Ecuador, hasta bien entrado el siglo XIX el protestantismo fue un aliado del liberalismo en el Estado al momento de socavar la hegemonía colonial y tradicionalista de la iglesia católica y su vínculo con las élites gamonales (Guamán 2011).

En la segunda mitad del XX, las *faith missions* estadounidenses que llegaron al país se caracterizaron por el conservadurismo, el proselitismo, el anti-comunismo y la canonización del *American way of life*, en un esfuerzo de aculturación modernizadora. En plena Guerra Fría, el evangelio, los Estados Unidos y el gobierno se hallaban en el poderoso bando de lo sagrado.

Según Susana Andrade (2014), desde 1970, algunos sectores indígenas de la sierra central, convertidos por los misioneros, comenzaron a cuestionar el dualismo entre “cosas de Dios” y “del mundo” y la visión fatalista —diabólica o de brujería— de las últimas. El proyecto purificador consistía en alejarse de lo mundano para salvar a la humanidad de la debacle universal. A pesar de ello, junto a los católicos de la Teología de la Liberación, muchos evangélicos se sumaron a la lucha por la justicia, aunque después se arrepentirían. Esta ambivalencia les valió la sospecha y desautorización de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE).

Separarse del dualismo afirmando un pentecostalismo autónomo y autóctono implicaría, en la década de 1990, recuperar lo político como parte de la “misión divina” e “integral” del “pueblo evangélico”. Todo ello culminó en el levantamiento de 2001, en el que la Federación de Indígenas Evangélicos del Ecuador (FEINE) se movilizó contra el sistema de mercado, la discriminación y la crisis política (Andrade 2014).

Finalmente, la incursión kichwa evangélica en la política partidista e institucional dejaría un saldo negativo al supeditarse al gobierno a cambio de cargos y prebendas. Se produjo entonces un repliegue moralizador y purificador que recuperaba la divisoria Dios/mundo y la verdad única derivada de una lectura no contextual de la Biblia. Las críticas al progresismo “neo-evangélico” se asociaron con el ecumenismo y las relaciones interétnicas, y con los “excesos” de una visión menos rígida sobre las mujeres y su participación social, política y religiosa. El binarismo y el rechazo a la homosexualidad se convirtieron en prueba de la fe contra la política dentro y fuera del Estado.

A pesar del predominio católico, el evangelismo fundamentalista creció durante las siguientes décadas replegándose a las cosas de Dios y promoviendo la moralización de género. La tradición pentecostal, asociada a los sectores más vulnerables, continuó afirmándose en sus bases: la reproducción y multiplicación de la feligresía desde la espontaneidad y el libre movimiento del Espíritu, anclado en la contemplación y la encarnación carismática. Su “déficit teológico” se complementó con posiciones normativas basadas en “revelaciones” y “manifestaciones” promovidas por pastores locales formados en influyentes iglesias reaccionarias (Semán 2019).

En el levantamiento desatado en octubre de 2019 por la subida del combustible, la FEINE volvió a emerger como un actor clave junto a la CONAIE. Las declaraciones de sus representantes, empujados por los acontecimientos y movidos por la identificación étnica, regresan sobre los problemas mundanos, sociales y económicos, que aquejan a las comunidades campesinas. En junio de ese mismo año habían protagonizado una gran marcha para exigir al Estado la nulidad del matrimonio igualitario aprobado por la Corte Constitucional. David Gualinga, presidente de la región amazónica, manifestó que “los gobernantes de nuestro país están firmando leyes raras como el matrimonio entre dos hombres y dos mujeres. Dios, que creó el cielo y la tierra no estaba de acuerdo con un pueblo llamado Sodoma y Gomorra, donde ocurría esto. Dios dijo que no estaba de acuerdo y redujo las ciudades a polvo. No queremos que nos pase eso. No quisiéramos que por eso recibamos el mismo castigo”.¹ La organización se tomó las calles, vinculando a pastores líderes mestizos, agrupados bajo la Coalición Fe, Vida y Familia.

A diferencia de lo sucedido en octubre, la de junio fue una movilización en nombre del “diseño original” y de la guerra espiritual. En una, estaba la desigualdad económica, el racismo, la situación del campo, el sostenimiento de la vida e incluso la sobrecarga femenina, acrecentada por el gobierno de Moreno y el FMI. Los evangélicos debían sumarse a la lucha protagonizada por los

indígenas; las lecturas de la biblia quedaron en un segundo plano. En otra, se hallaba el ordenamiento jerárquico en la familia, la purificación de la sexualidad reproductiva y la purga del caos sexo-genérico; cosas de Dios, de la Biblia y del Espíritu en el mundo jurídico y político.

La moralidad sexual y la defensa de la heteronorma adquirieron una dimensión pública y de presión hacia el Estado. La politización del sexo encontró en la fe la fuerza para combatir a los enemigos del pueblo de Dios. Los evangélicos fundamentalistas reactivaron la campaña Con Mis Hijos No Te Metas y sus significantes claves: “vida” y “familia” y, posteriormente, “libertad”. La escisión y relación entre ambos acontecimientos —la crisis política y socioeconómica que ocasionó el compromiso (étnico) con el mundo y la cruzada anti-género por la vida y la familia en nombre de Dios— marcan la configuración del campo político en la actualidad. En él, las indígenas del movimiento de mujeres y feminista ocupan un lugar irreverente, en ocasiones, desobediente.

Autodisciplina y subordinación en comunidad

La politización religiosa del sexo difícilmente se habría dado sin el cultivo de un régimen binario con el que manejar cotidianamente las cuestiones de identidad y sexualidad.

Algunas etnografías buscaron entender la vivencia de los conversos y los beneficios que las iglesias reportaban, no para la igualdad entre mujeres y hombres sino para una convivencia dócil. Muchas mujeres populares secundaron la labor de las iglesias evangélicas para hacer frente a la adicción, el adulterio, el abandono, el embarazo adolescente y la violencia de género. La asistencia ha contribuido, durante décadas, a la promoción estratégica de la fe (Schaefer 1992), hecho que complica los argumentos sobre la ignorancia, la manipulación y la intervención externa de líderes y élites religiosas.

¹ “Piden nulidad de fallo que abrió puerta a matrimonio igualitario en Ecuador”, *La República*, 25 de junio de 2019, <https://www.larepublica.ec/blog/politica/2019/06/25/piden-nulidad-de-fallo-que-abrio-puerta-a-matrimonio-igualitario-en-ecuador/>.

Una tupida red de encuentros, cultos, grupos de oración y lectura de la Biblia, vigiliyas y retiros, a los que hoy se suman movilizaciones, contribuye a la contención de los varones, ocupados en el entorno de las iglesias. Algunos grupos eclesiales católicos emulan con fuertes dosis de humillación y violencia, esta capacidad diaria (Yépez 2019).

Mares Sandoval (2005) explicaba cómo, para los creyentes mestizos vinculados a una fundación evangélica en Quito, el “renacer” con Cristo implica virtudes como la laboriosidad, el ahorro, la eficiencia, el autocontrol y la austeridad. Reportan compensaciones domésticas y económicas que se expresaban en hábitos, vestimenta, espacios e interacciones. La obediencia al esposo, la humildad y la realización de las tareas caseras se “compensaban” con la disciplina de éste para proveer, administrar y disponer. Otro tanto se aplicaba a viudas y madres solas. La iglesia fungía, con una mezcla de autoridad moral y temor (ante manifestaciones terrenales de lo demoníaco), en el espacio privado, individual, institucional y comunitario, garantizando la jerarquía entre mujeres y hombres en casa y en la iglesia —que representaba un espacio de mediación para la prosperidad (frente al conflicto).

Como sostienen investigaciones en otros países (Lindhardt 2009), las mujeres ganan en autonomía al salir y participar en lo público, siempre en los confines de una institución que vigila su diferencia y sexualidad. Los hombres, por su parte, pueden mostrar sus sentimientos y comprometerse en el ámbito privado y comunitario al tiempo que se mantienen el mando. El entorno reduce el desborde y las amenazas de insubordinación.

Distintos estudios muestran las operaciones intersubjetivas mediante las que el pentecostalismo y el neopentecostalismo ecuatorianos enganchan con distintos sectores sociales, populares y de clase media, mestizos e indígenas, rurales y urbanos, facilitando la transmisión de género y generación. Muestran el tránsito del uso ritual del alcohol hacia la racionalidad instrumental (Huarcaya 2003), la memoria de sufrimiento y conversión de los mayores y las visiones y estéticas de “nueva vida” de los jóvenes (O’Brien 2018), el paso de la hombría

violenta a la severidad del “buen cristiano”, de las agresiones físicas al enmascaramiento de los ritos de “reconciliación” (Illicachi 2018). Las vivencias, evocaciones y relatos revelan un orden cocido a fuego lento que se hace efectiva en la politización reactiva, la construcción del enemigo, antes el comunismo, hoy los feminismos, y el transnacionalismo fundamentalista.

Vida y familia

El campo sociopolítico, junto al legado cultural religioso y las prácticas familiares y comunitarias de la fe, explican el alcance de la reacción y los saltos históricos hacia la movilización y la disputa por el Estado.

El énfasis actual de las interpretaciones dogmáticas y descontextualizadas, la inclinación a excluir o patologizar, la inculcación del juicio y el temor, la polarización y sospecha ante el subjetivismo y el multiculturalismo, el espíritu belicoso, de batalla contra el caos y el mal como aliento político, la oscilación entre “secularismo estratégico” (Vaggione 2009) y revelación o el extraño “ecumenismo” de la “ideología de género” descansan sobre de necesidades insatisfechas y ejercicios, retóricos y prácticos, dirigidos a solventarlas. Algunos cuajan y otros no tanto.

Entre 2017 y 2019, el *think tank* evangélico ecuatoriano acudió a la onda anti-género para instituir un frente que camine desde el movimiento religioso hacia el social y político y, a pesar de ensayar formaciones partidarias, no ha logrado unificar ni hegemonizar el campo religioso bajo la bandera del fundamentalismo y el anti-feminismo (Vega, Castellanos y Salazar, en prensa). Las diferencias de clase, reales y percibidas, entre los líderes, aliados de partidos conservadores, y la mirada de iglesias populares e indígenas, más o menos independientes y/o progresistas, no permite compactar un frente. El alzamiento de octubre y la presencia del evangelismo indígena en él, dificulta esta tarea. Muchas iglesias y feligreses permanecen callados ante la ofensiva, mientras otros abren interrogantes hacia el interior de sus comunidades.

Si bien el pánico moral no ha logrado la misma incidencia que en Brasil o en Perú, en parte por la composición religiosa del país, en parte por la singular alineación entre progresismo y conservadurismo político y espíritu anti-género, la defensa de la familia y la vida ha cobrado una enorme fuerza. Toca el nervio popular y, en su polisemia (¿cómo y cuál vida y familia?), aspira a afianzar un vínculo con anhelos comunes: la seguridad que proporciona el binarismo de género, la purificación y el orden sexual que promete y practica la disciplina religiosa contra (en realidad con) las actuaciones y perversiones de la clase política y el espíritu de lucha, sacrificio y superación moral frente a la desesperanza de la pobreza. El género y la sexualidad proporcionan un lenguaje primario para declinar y gestionar las incertidumbres del mundo y las certezas de Dios. La fuerza y claridad críticas de los feminismos y los religiosos progresistas será clave para generalizar sentidos y sentimientos alternativos en estos tiempos de crisis.

Referencias

- Andrade, Susana. 2014. *Protestantismo indígena: Proceso de conversión religiosas en la provincia de Chimborazo*. Quito: Abya-Yala.
- Garbagnoli, Sara. 2016. "Against the Heresy of Immanence: Vatican's 'Gender' as a New Rhetorical Device against the Denaturalization of the Sexual Order". *Religion and Gender* 6 (2): 187-204.
- Huarcaya, Sergio Miguel. 2003. *No os embriaguéis...borrachera, identidad y conversión evangélica en Cacha, Ecuador*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Illicachi, Juan. 2018. "La estructura protestante y católica ¿(Re) producen la dominación masculina?". En *Protestantismo y catolicismo indígena: Desde una perspectiva antropológica*, editado por Juan Illicachi, Lenin Garcés y Rómulo Ramos, 22-60. Riobamba: Universidad Nacional de Chimborazo.
- Lindhardt, Martín. 2009. "Poder, género y cambio cultural en el pentecostalismo chileno". *Revista Cultura y Religión* 3 (2): 94-111.
- O'Brien, Kathleen C. 2018. "Vine de una familia cristiana, pero...: La juventud evangélica y la re-generación del protestantismo indígena en la era post-misión de Chimborazo, Ecuador". En *Protestantismo y catolicismo indígena: Desde una perspectiva antropológica*, editado por Juan Illicachi, Lenin Garcés y Rómulo Ramos. Riobamba: Universidad Nacional de Chimborazo.
- Salazar, Joseph. 2019. "Ideología de género y nuevos activismos conservadores en Ecuador: Entre el discurso y la politización de los actores religiosos". Tesis de maestría en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Ecuador.
- Sandoval Vizcaíno, Mares. 2005. "Una obra del señor: Protestantismo, conversión religiosa y asistencia social". *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* 22: 83-94.
- Schaefer, Heinrich. 1992. *Protestantismo y crisis social en América Central*. San Salvador: Universidad Luterana Salvadoreña.
- Semán, Pablo. 2019. "¿Quiénes son? ¿Por qué crecen? ¿En qué creen? Pentecostalismo y política en América Latina". *Revista Nueva Sociedad* 280: 26-46.
- Torres Santana, Ailynn. 2019. "De la marea rosa a la marea conservadora y autoritaria en América Latina: Desafíos feministas". FES-ILDIS. <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/quito/15682.pdf>.
- Vaggione, Juan Marco. 2009. "Sexualidad, religión y política en América Latina". Trabajo preparado para los Diálogos Regionales, Río de Janeiro, agosto 2009.
- Vega, Cristina, Lorena Castellanos y Joseph Salazar. en prensa. "Poner orden en la familia y en el país: La politización reactiva y la consolidación de la articulación evangélica en Ecuador". En *América Latina y la tensión progresista-conservador*, coordinado por Huáscar Salazar y Diego Castro. Ciudad de México: Libertad Bajo Palabra y Bajo Tierra.
- Yépez, Sofía. 2019. "Preparando el ejército de Dios: Movilización religiosa reactiva en las prácticas de evangelización de los jóvenes católicos". Tesis de maestría en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Ecuador. //